

«Fais énergiquement ta longue et lourde tâche». El perpetrador ante sus espejos^{*}

Vicente Sánchez-Biosca
vicente.sanchez@uv.es

OSCURIDAD Y RESURGIMIENTO DE UN VILLANO

En 1999, el fotógrafo Nic Dunlop se internó en un poblado de la región de Samlaut en Camboya, un país rural que acababa de librarse del riesgo de un retorno de los Jemeres Rojos, responsables de la muerte de más de un cuarto de su población en poco más de tres años (1975-1978). Apenas se cumplía un año de la desaparición de Pol Pot (*Hermano Número Uno*) y era muy reciente el abandono de la lucha por los más recalcitrantes dirigentes revolucionarios, quienes gozaban de privilegios, cuando no de amnistías otorgadas por el monarca. Ataviado con una camiseta blanca con las iniciales de la ONG norteamericana con la que colaboraba (*ARC, American Refugee Committee*), un hombre salió al paso de Dunlop: figura menuda, dientes desgastados, orejas puntiagudas que revelaban su ascendencia china. El fotógrafo jamás había visto en persona a ese individuo, pero llevaba con él desde tiempo atrás una fotografía tomada en algún momento entre 1976 y 1978 de un hombre algo más joven, pero idénticos rasgos. En esa instantánea, el hombre se dirigía a través de un micrófono y con indistinguible entusiasmo a un auditorio (fig. 1). Dunlop no dudó un instante: el hombre que le sonreía, un cristiano converso que se hacía llamar Hang Pin, no era en realidad sino uno de los criminales más buscados del Sudeste Asiático, el responsable del aparato de represión de Kampuchea Democrática, responsable directo de la ejecución de entre 17.000 y 20.000 personas en el centro de detención y tortura denominado S-21; una siniestra prisión ubicada en lo que había

* Este texto ha sido concebido en el marco de los proyectos *Representaciones contemporáneas del perpetrador de violencias de masas: conceptos, relatos e imágenes* (HAR2017-8251-P) y *Figuras de perpetradores de violencias de masas: relatos e imágenes* (AICO/2018/136 -GV).

sido una escuela.¹ En una capital fantasma, evacuada de sus habitantes, S-21 fue creciendo en complejidad y violencia hasta la mañana del 7 de enero de 1979 en que el ejército vietnamita concluyó su carrera frenética y liberó Phnom Penh. Dunlop tomó de él una foto (fig. 2).

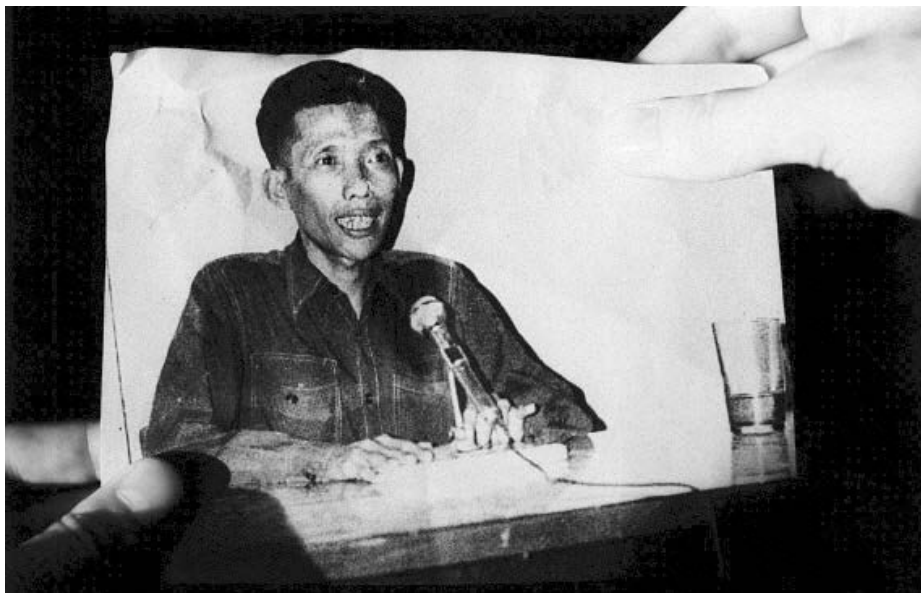


Fig. 1.



Fig. 2. © Nic Dunlop / Panos

Dunlop visitó de nuevo al misterioso hombrecillo unos días más tarde, esta vez en compañía de un periodista célebre en el Sudeste Asiático, Nate Thayer, el hombre que había entrevistado a Pol Pot en sus últimos días. Hang Pin no tardó en confesar su identidad, atribuir a un designio divino la presencia de sus descubridores y resignarse –añadió– a lo que el destino le deparase, dispuesto a expiar el mal que había causado. A los pocos días, la noticia de la detención de Kaink Guev Eav, alias Duch –el falso Hang Pin–, recibió amplia cobertura en la prensa.

Dicha detención supuso una privación de libertad para el reo, pero el destino de este fue durante años jurídicamente

1. Nic DUNLOP: *The Lost Executioner. A Journey to the Heart of the Killing Fields*, Nueva York, Walter and Company, 2005, pp. 12-13. Dunlop relata este descubrimiento ante las cámaras en el film *Comrade Duch: the Bookkeeper of Death* (Adrian Maben, 2011).

incierto. ¿De qué y ante quién iba a responder por sus crímenes? ¿Qué tribunal –nacional o internacional– lo iba a juzgar? ¿Cuál sería el estatuto de su juicio respecto a categorías tales como crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra, incluso genocidio, que él había perpetrado u ordenado perpetrar, pero no decidido? Las negociaciones para poner en marcha lo que acabó denominándose *Extraordinary Chambers in the Courts of Cambodia* (ECCC) fueron prolongadas, tensas y plagadas de incertidumbres. La fórmula que acabó triunfando expresaba la condición excepcional del tribunal, al tiempo que su entronque en el seno de los tribunales nacionales camboyanos, consistiendo dicha excepcionalidad en el refrendo de Naciones Unidas y su presencia como parte de los actores del proceso. Solo en 2006 inició el tribunal su labor con una composición híbrida, limitaciones en la selección de los candidatos a ser juzgados, solapamiento de modelos jurídicos y duplicación de figuras (instructores, defensores, procuradores, jueces, etc.).² Dadas las dificultades de la instrucción, fue el responsable del aparato represor, Duch, el primer acusado que compareció, en virtud de la complejidad jurídica comparativamente menor de su caso a diferencia de los más altos dirigentes. El caso Duch, cuyas audiencias se iniciaron en 2009, fue el primero y, por esta razón, el escenario, de la representación ante la justicia y ante la sociedad camboyanos de los crímenes cometidos por los Jemeres Rojos. Las heridas del pasado, silenciadas o elididas, dieron paso a la expresión pública por las partes civiles, los medios de comunicación, las concurridas audiencias, el acopio documental y la base archivística que se han constituido desde entonces en patrimonio histórico, tanto material como inmaterial, del país.

El asunto encerraba problemas: ¿qué efectos sobre la representación pública del pasado podrían derivarse de que un mesocriminal o *criminal de despacho* fuera el primero en rendir cuentas ante la justicia? En otros términos, ¿cuáles eran las implicaciones de que un individuo ajeno al Comité Central del Partido Comunista se convirtiera en crisol a través del cual el pueblo camboyanos revisitase su pasado traumático? Imaginemos, a modo de símil, que el proceso a Adolf Eichmann en Jerusalén en 1961 hubiese precedido a los procesos internacionales de Núremberg de 1945-1946 contra los grandes criminales de guerra nazis. El caso camboyanos poseía asimismo una singularidad: Duch manifestó desde el primer momento su voluntad de colaborar con el tribunal para el esclarecimiento de los crímenes, aceptó participar en la reconstrucción de los hechos, pidió públicamente perdón a los supervivientes y a los familiares de los desaparecidos y contribuyó a esclarecer, con su memoria prodigiosa, la mecánica de la represión

2. Una larguísima bibliografía relata este proceloso camino a la constitución de las ECCC, cuyo objeto desborda el sentido de nuestro texto. Véase, entre los más relevantes y recientes, John CIORCIARI y Anne HEINDEL: *The Extraordinary Chambers in the Courts of Cambodia*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2014; Alexander L. HINTON: *The Justice Façade. Trials of Transition in Cambodia*, Oxford, Oxford University Press, 2018; y Craig ETCHESON: *Extraordinary Justice. Law, Politics, and the Khmer Rouge Tribunals*, Nueva York, Columbia University Press, 2019.

de una manera que, sin su colaboración, hubiese permanecido indescifrable para siempre en algunos de sus aspectos clave. Podemos dudar del grado de exactitud o de sinceridad de sus declaraciones cuando estas se refieren a sus actos y a su responsabilidad personal, pero su contribución al enriquecimiento del relato histórico es indiscutible.

Las particulares condiciones de este caso 001 nos permiten reflexionar sobre el estatuto de la figura del perpetrador: su discurso, su estrategia de defensa y los cambios de dicha figura a lo largo del tiempo; es decir, la estructura psicológica del personaje, los intercambios con seres humanos que se cruzaron en su camino y sobrevivieron al encuentro, así como su comportamiento en esa forma de escenificación del pasado, reconocimiento de roles y atribución de responsabilidades que denominamos justicia. Concluido este proceso, se abrirían aquellos otros que implicaban a cuatro dirigentes: Ieng Sary, fallecido durante el proceso 002, Ieng Thirith, declarada alienada mental antes de morir, y los dos únicos dirigentes que serían condenados por genocidio, a saber, Nuon Chea, fallecido cuando cumplía condena en julio de 2019, y Kieu Samphan, el único superviviente cuando escribimos estas líneas. Las negativas sistemáticas a reconocer sus crímenes, las estrategias dilatorias y ardidés jurídicos, unido a las defunciones, harían que estos nuevos casos tuvieran un cariz menos iluminador respecto a la representación histórica y memorística de los crímenes del período jemer rojo.

Así pues, Duch se convirtió, durante el tiempo en que se prolongaron las sesiones públicas de su proceso, en un villano nacional. Grandes pantallas de televisión colocadas en lugares públicos retransmitían las sesiones, los informativos resumían diariamente el contenido de las comparecencias, presentación de pruebas, intervenciones de las partes civiles, argumentos jurídicos. El despliegue mediático generó entrevistas, films, exposiciones de alcance internacional y los ciudadanos fueron invitados a desplazarse en autobuses a la sede del tribunal. Transformado en vector de cuanto de más feroz había ocurrido en la Camboya moderna, Duch devino igualmente en espejo, invertido o deformante, de intelectuales, filósofos o gentes de letras; personalidades, en suma, que habían entregado su saber y su práctica al estudio de lo que de humano e inhumano hay en el hombre. Esto hace del caso Duch un hito en el pensamiento y la reflexión sobre el mal.

DUCH Y SU ESPEJO ANTROPOLÓGICO: FRANÇOIS BIZOT

Como cualquier perpetrador de violencias de masas, Duch no es un sujeto ajeno al paso del tiempo y su relación con el pasado está repleta de silencios, declaraciones a medias, elipsis, interrupciones, cambios de perspectiva y disociaciones. Nuestro objetivo no es determinar su responsabilidad concreta en los crímenes; tampoco trazar un cuadro psíquico del personaje, como le fue encargado a dos

especialistas por parte del tribunal.³ Se trata más bien de analizar la escenificación psicológica, social e histórica que un proceso de investigación en el marco de la justicia (híbrida, es decir, a la vez nacional e internacional) produce en la representación de crímenes contra la humanidad, vista a través del perfil de su responsable y en el intercambio (incluida la contaminación) con otros seres que estuvieron en contacto con él en algún momento. Tal vez esto contribuya a esclarecer algo nuestras representaciones sociales de perpetradores, respecto a su condición humana y a la monstruosidad que anida, cual amenaza, en todo ser humano.

Si excluimos la reconstrucción biográfica que hace Duch de sí mismo, el testimonio más antiguo de un *agon* con él nos lo proporciona el etnólogo francés François Bizot.⁴ A principios de los años setenta, mientras el país estaba sumido en una guerra civil, Bizot, que se encontraba investigando la cultura tradicional jemer, cayó prisionero de la guerrilla comunista en una emboscada. Siguiendo la lógica conspirativa de sus captores, Bizot, un occidental conocedor de la lengua e historia del país, no podía sino ser un espía infiltrado del imperialismo que realizaba su labor clandestina de inteligencia entre los campesinos. Su carcelero y anfitrión en una improvisada prisión ubicada al borde de un río y camuflada entre arbustos denominada M-13 era un brillante exprofesor de matemáticas que, tras su detención y posterior liberación, se unió a la lucha clandestina. Su nombre real era Kaink Guev Eav; su nombre de guerra, Duch. A este individuo le había sido confiada la tarea de la represión. Duch era, en virtud de su cultivada formación, conocedor de la lengua francesa y la jungla ofrecía un marco propicio a la intimidad que permitió a los dos personajes, Duch y Bizot, entablar una relación de relativa confidencialidad antes de que el espía fuera, como todo hacía presagiar, aniquilado. A lo largo de tres meses de convivencia, Duch quedó persuadido de la inocencia del etnólogo y la defendió ante sus superiores, significativamente ante el llamado «carnicero» Ta Mok, que insistía en la ejecución del cautivo. El criterio de Duch prevaleció y Bizot fue efectivamente puesto en libertad. Durante muchos años nada volvió a saber de su captor. Bizot asistió a la entrada triunfal de los revolucionarios en Phnom Penh y tuvo un papel activo en ese precario reducto de vida que fue la embajada francesa de la capital, asediada por los nuevos dueños del poder, que exigían sin contemplaciones la entrega del último camboyano para pasarlo por las armas. El etnólogo estuvo presente en la propia evacuación de la sede diplomática (fig. 3).⁵

3. Françoise SIRONI y Sunbaunat KA: «Psychological Assessment Report concerning Kaink Guek Eav alias Duch», Legal Documentation Center de las ECCC, E/3509, 00211082-00211151.
4. Utilizamos el término *agon* en el sentido de la tragedia griega, a saber, esa escena en la que los dos personajes en conflicto confrontan sus argumentos sin intervención del coro ni de otros agentes del *mythos*. En ella –esta es la magia de la tragedia griega– ambos tienen y exponen sus razones y argumentos.
5. El soberbio y pavoroso relato que escribió tardó tiempo en fraguarse en su interior. François BIZOT: *Le portail*, París, La Table Ronde, 2000.



Fig. 3.

años antes y ambos pudieron entrevistarse; en 2009, el etnólogo declararía ante las ECCC. La sombra que la intimidad con el verdugo había proyectado sobre su vida no se disolvería jamás y las excelentes páginas que lo describen lidian con ese descenso a los abismos del ser humano.⁶ Esas nieblas del pasado nacían de una suerte de pacto secreto, convertido en deuda contraída, que retornaba sobre quien había sido beneficiario del criminal: ¿por qué Duch, ese ser implacable cuyo récord de asesinatos lo emparentaba con los grandes criminales del siglo XX, lo había elegido precisamente a él para ejercer su generosidad; un ser que los informes periciales y psicológicos caracterizaban como carente de toda empatía? ¿Qué nexo indisoluble los había unido para siempre? ¿Qué legado invisible había recibido Bizot de su captor como contrapartida de su derecho a la vida?

Fue en un viaje a Phnom Penh realizado tiempo después en el que visitó el museo de Tuol Sleng cuando se le reveló con horror la obra subsiguiente de su antiguo benefactor, quien había consumado una carrera criminal de crueldad y eficacia inusitadas, dirigiendo con mano de hierro los interrogatorios, instruyendo sobre la práctica de la tortura y convirtiéndose en el hombre de confianza de los dirigentes para el exterminio del enemigo interior. El lugar de su ejercicio fue S-21. La conmoción de Bizot hubo de crecer al conocer que su siniestro confidente había sido desenmascarado, detenido y se aprestaba a afrontar un juicio por un tribunal especial. Duch, por su parte, tampoco había olvidado al hombre cuya vida salvó veintitantos

6. Véase François BIZOT: *Le silence du bourreau*, París, Flammarion, 2011.

DEFENDER AL DIABLO: FRANÇOIS ROUX

El abogado François Roux se encontró con Duch mucho tiempo después y en un clima bien distinto. Duch no era ya el convencido y prometedor revolucionario que Bizot había conocido a principios de los años setenta; era por aquel entonces un criminal detestado por la sociedad de su país y encarnaba los más cruentos crímenes de Kampuchea Democrática que exhibía desde 1979 el museo de atrocidades de Tuol Sleng; un lugar de crimen que ningún turista de paso por el país dejaría de visitar. Mas Roux era también, bajo la piel del hombre de leyes, un idealista y, como tal, se había especializado en la defensa de acusados de desobediencia civil. Seguidor de los postulados de Gandhi sobre la respuesta no violenta a la injusticia impuesta por el poder, asumió la defensa de Duch (en colaboración con un abogado camboyano, Kar Savuth) apostando por una más que arriesgada estrategia: si Duch entonaba un *mea culpa* sincero ante la sociedad y colaboraba con el tribunal en el esclarecimiento de los hechos, la nueva comunidad camboyana y, a la postre, la humanidad entera, habría logrado un beneficio moral: el de recuperar a un ser humano que por sus decisiones criminales la había abandonado. La *conditio sine qua non* que sentaría las bases de una cura social y de una futura reconciliación, imprescindible para el progreso humano, era, en su opinión, el reconocimiento de la culpa por Duch. Y este se había mostrado dispuesto.

La estrategia fue, pues, adoptada por la defensa, el acusado se comportó con visible sumisión, pidió perdón, derramó lágrimas en más de una ocasión, se recogió en íntima aflicción en los lugares del crimen cuando los visitó. A pesar de las tensiones y discrepancias con el abogado camboyano, Savuth, la línea de defensa fue mantenida a lo largo del proceso. Sin embargo, en el postrer momento, Duch dio la espalda a su defensor internacional, abandonó esa estrategia, abrazó la de Savuth y pidió la absolución, aduciendo su condición subalterna respecto a los dirigentes del partido y el Estado. Renunció, en consecuencia, también a los servicios de Roux por pérdida de confianza. El fracaso jurídico de Roux tuvo, sin embargo, una contrapartida simbólica, histórica y memorística: dejaba bien clara la fosa que se abría entre la ética y la justicia, la reconciliación y la expiación, el perdón y el remordimiento. Tampoco para Roux sería fácil olvidar su cara a cara prolongado con Duch del que el film de Bernard Mangiante, *Le Khmer rouge et le non-violent* (2011) levantaría testimonio.⁷

Duch y su entorno habían sabido utilizar las ideas humanitarias de Roux para desplegar una escenografía repleta de signos públicos de contrición y colaboración, pero se habían separado de las consecuencias de estas en el momento

7. François ROUX: «Pleading Guilty Before the International Criminal Courts: The Case of Duch Before the Khmer Rouge Tribunal», en Christian DELAGE y Peter GOODRICH (comps.): *The Scene of the Mass Crime. History, Film and International Tribunals*, Londres, Routledge, 2013, pp. 155-166.

decisivo, dejando a ese hombre –el abogado Roux– convencido de que la sociedad necesitaba recuperar la humanidad de Duch para autopreservarse de un vacío absoluto. Nadie sabrá probablemente jamás cuánta sinceridad contenía la asunción por Duch de la estrategia presentada por su abogado internacional, cuánto había en ella de cálculo y cuánto de improvisación. En cualquier caso, los crímenes de S-21 fueron iluminados durante el proceso con poderosa luz en razón precisamente de esa estrategia.

LA VÍCTIMA FILMA AL VERDUGO

Los dos casos anteriores confirman que, aun si se había tenido la fortuna de no ser torturado por Duch o sus secuaces, incluso si se había entrado en relación con él en su *era de sumisión*, siendo este un simple prisionero, nadie salía indemne de su intercambio con él, de su palabra, de sus artimañas en las cortas distancias. Así pues, ¿cómo entrevistar a un personaje maestro en el ardid y en administrar estrategias de remordimiento? ¿Cómo enfrentar a alguien capaz de soportar la presión y proyectarla como un boomerang sobre su interlocutor?, ¿Cómo no arrastrar para siempre el estigma o al menos la sombra de su contacto? ¿Cómo, por último, extraer de él una confesión válida para la historia, que resultara fructífera al margen y a pesar de sus manipulaciones? Estas son las cuestiones que hubo de plantearse un hombre de imagen como el cineasta Rithy Panh, un superviviente que había perdido a casi toda su familia entre 1975 y 1978, cuando solicitó por segunda vez entrevistarse con Duch. Panh había consagrado varios años a realizar un film que acabó estrenándose en 2003 (*S-21. La máquina de muerte Jemer Roja*). En él reconstruía las escenas acontecidas en ese centro de aniquilación con la participación de perpetradores corrientes, es decir, guardianes, interrogadores, responsable de documentación, fotógrafo, carcelero y responsable de transportes a los lugares de ejecución. Para ello había sido fundamental la concurrencia de un superviviente, el pintor Vann Nath, que actuó como hilo conductor y activador de muchas de las escenas, interpelando y escuchando a los protagonistas del terror con una serenidad insólita. Solo una figura faltaba en ese teatro del sufrimiento: Duch. Aunque el personaje se encontraba ya en prisión, un permiso solicitado por el cineasta para entrevistarle le fue denegado. Las circunstancias, sin embargo, cambiaron cuando las ECCC emprendieron sus tareas y, gracias a la mediación de Helen Jarvis y el acuerdo personal de Duch, las entrevistas se filmaron en 2008, durante el año que precedió a las audiencias públicas. El resultado es un documental titulado *Duch, le maître des forges de l'enfer*, que solo verá la luz en 2011, cuando ya no podía interferir en las deliberaciones, incluidas las apelaciones y el veredicto definitivo a cadena perpetua.

A diferencia de Bizot y Roux, las decisiones formales implican en este caso un registro duradero de archivo: la captación de la palabra y el cuerpo de Duch,

el montaje de su testimonio, la exclusión de la voz y el cuerpo del cineasta que formula las preguntas, la incorporación de sonidos procedentes de fuentes históricas ajenas al presente (un discurso de Pol Pot, cánticos revolucionarios, efectos musicales). Todo esto contribuye a ofrecer un documento a partir de *dos escenas*: una que ha permanecido (la definitivamente montada); otra de la que apenas quedan rastros y se encuentra fuera del alcance del investigador, la que presentaría a ambos personajes frente a frente, uno formulando cuestiones, el otro respondiendo, a veces cruzando entre sí afilados dardos.

Este documento cinematográfico, al que hemos dedicado un extenso trabajo en otro lugar,⁸ fue logrado a un alto coste personal: una víctima entrevista a un verdugo, desapareciendo aquella de la imagen y el sonido para convertir a este en documento vivo. Si de *agon* se trata, por retomar una expresión antes usada, este es imperfecto, pues una parte de la escena ha sido borrada en el montaje, aun cuando algo puede inferirse en una atenta observación.

Por mor de la concisión, fijaremos nuestra atención en dos instantes que ayudan a esclarecer el perfil del perpetrador y su contribución a la memoria de sus crímenes. La primera escena se refiere a un acontecimiento que marcó a fuego la vida del futuro director de S-21, el acto más solemne de su pasado como revolucionario: el juramento de fidelidad al partido, un ritual cuasi sagrado de entrega total. Duch lo evoca con dulces palabras y pausada dicción, como si, al pronunciarlas, se sumergiera en un instante arcaico, fundacional. Su cuerpo parece desprenderse del entorno que lo rodea; su mirada se eleva en busca de un horizonte que tal vez solo se encuentre en el recuerdo. Instantáneamente, pero sin brusquedad alguna, Duch alza su brazo izquierdo, dobla el antebrazo, cierra el puño sin violencia alguna, pero con determinación, y lo hace reposar sobre la sien. Rithy Panh filma este gesto mecánico con el máximo respeto hacia la concordancia de los movimientos y las palabras, que connotan un estado casi extático, de alienación. Ciertamente, cuando Duch se entrega con tal fuerza a esta evocación no es consciente de que su escenificación contrasta con su reconocimiento de la obra criminal. El cineasta, que detecta la autonomía cobrada por el cuerpo en el recuerdo, mantiene la cámara firme y filma en continuidad, haciendo ver cómo el relato arrastra al cuerpo y este se pliega a la sublime representación mental del ferviente siervo de la revolución. La cámara de Rithy Panh no juzga; atrapa el gesto y, en cierto modo, queda ella misma atrapada por él. Esa *memoria del cuerpo* habla más profundamente que la palabra. Y el cuerpo de Duch está en ese preciso instante apresado por el pasado. Aun cuando diga haber renunciado a la ideología comunista, su cuerpo se convierte en un escenario en el que recobra vida el

8. Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: «The Perpetrator's *mise-en-scène*: Language, Body, and Memory in the Cambodian Genocide», *Journal of Perpetrator Research*, 2-1 (2018), pp. 65-94. doi: 10.5334/jpr.2.1.15.

ferviente jemer rojo que fue. Rithy Panh nos ofrece ese instante de refundación de la identidad que fue el *sacramento* del ingreso en el partido.

Los regímenes totalitarios, aunque no solo ellos, despliegan escenografías y coreografías que domestican los cuerpos, los funden en una masa; una masa que podría ser considerada arquitectónicamente. De esos movimientos fusionales, de los que Leni Riefenstahl nos brindó la más rotunda expresión, Duch invoca uno que lo funde no solo con la masa de sus camaradas, sino con algo más trascendente: una idea por la que todo debe consumarse, incluido el crimen. Es un momento de éxtasis, pero Rithy Panh interpola por montaje un largo travelling que hace resonar el gesto singular de la menuda anatomía del anciano sobre un metraje que representa un nutrido grupo de campesinos vestidos con el «pijama» característico de los jemeres rojos, el *krama* alrededor del cuello, y ese mismo gesto. Ni una sonrisa se esboza en sus rostros. Es como una multiplicación *coreográfica* del cuerpo de Duch. Al montarlo así, Rithy Panh convierte la revelación revolucionaria en impulso performativo, amenazante y a la vez premonitorio de cuanto –el espectador lo sabe– ya se cumplió: el crimen de masas (figs. 4, 5 y 6).



Figs. 4, 5 y 6.

Duch evocó este mismo acontecimiento de su biografía durante el cuarto día de audiencias, como si ya lo hubiese ensayado en la filmación anterior (fig. 7). El antropólogo Alex Hinton percibe la trascendencia del instante: «Aunque brevemente, quienes se hallaban entre el público sintieron haber captado un destello de su fervor revolucionario. Era inquietante, pues cuatro décadas después parecía no solo recordar su inducción en el partido, sino convocar la pasión que le dominó, un ardor que lo lanzó a M-13 y más tarde a S-21...».⁹ Ahora bien, la cercanía casi táctil de la cámara de Rithy Panh respecto a su rostro, el eje de esa mirada mecánica que permite captar cómo sus ojos se elevan hasta perderse en el horizonte, la menuda y frágil anatomía del anciano poseído por un fervor que lo trascendió y todavía lo atenaza, confirman que el cuerpo de Duch sigue siendo en este preciso momento *uno de ellos*.

9. Alexander L. HINTON: *Man or Monster? The Trial of a Khmer Rouge Torturer*, Durham/Londres, Duke University Press, 2016, pp. 72-73. Thierry CRUVELLIER (*Le maître des aveux*, París, Gallimard, 2011, p. 15) ya había comentado este mismo instante en el que el fervor con el que su autor se comporta permite adivinar por su lenguaje corporal la fuerza de la fe como si hubiese permanecido intacta.



Fig. 7.

Algo más tarde tiene lugar otra evocación que dejó huellas igualmente en las audiencias públicas posteriores. La educación francesa de Duch dejó una impronta indeleble en él y, como señala Sironi, la lengua francesa moviliza en el futuro perpetrador representaciones ligadas a aspectos formativos y escolares escindidos de otros recuerdos infantiles y del compromiso político que se expresan a través de la lengua jemer.¹⁰ Una de esas representaciones condensadas, convertida en divisa de vida, es la impregnación psíquica –modelo y expresión al mismo tiempo– que ejerció un poema de Alfred de Vigny que daba forma al pensamiento estoico al que el sujeto dice haberse adherido a lo largo de toda su existencia. El título del poema es «La mort du loup» y funciona como molde estructurante de su identidad. Un sincretismo parece producirse, pues el estoicismo pudo entrar en resonancia con algunos valores de la cultura budista (soportar en silencio y no expresar los íntimos sufrimientos) y la conversión al cristianismo de Duch podría haber reforzado en los últimos años de su vida esta orientación. Ahora bien, si la formación escolar temprana en el estoicismo, el budismo de sus años siguientes y la conversión al cristianismo serían eslabones homogéneos de una línea común, ¿dónde ubicar el largo período marcado por sus despiadados crímenes, que continuó –no lo olvidemos– tras la derrota, pues Duch siguió fiel a los Jemeres Rojos hasta mediados de los años 1990? Duch no percibe esa fractura; solo ve fluida continuidad. Y ha conservado como reminiscencia y ensoñación de todo este modelo moral una cita que no excluye su misión en M-13 y S-21 y

10. Françoise SIRONI: *Comment devient-on tortionnaire? Psychologie des criminels contre l'humanité*, París, La Découverte, 2017, p. 80.

años siguientes. Rezan así los versos finales que recita ante la cámara adoptando el punto de vista del protagonista del poema, un lobo acorralado dispuesto a morir a manos de un cazador sin rechistar:

Gémir, pleurer, prier est également lâche.
Fais énergiquement ta longue et lourde tâche
Dans la voie où le Sort a voulu t'appeler,
Puis après, comme moi, souffre et meurs sans parler.¹¹

Que un torturador y maestro de torturadores, dispuesto a reconocer sus crímenes, asumir la responsabilidad por sus subordinados y pedir perdón a las víctimas y a sus familiares, declare abrazar el estoicismo como una constante de su vida parece una perversión moral intolerable. Mas desde el punto de vista psicológico, refleja con precisa fidelidad la disociación en la que vivió Duch durante muchos años y que, de algún modo, prevalece en su visión actual; algo que le garantiza cierto equilibrio mental y moral. De acuerdo con esta idea, la asunción estoica del destino significa para él concluir que sus tareas criminales fueron decididas por la fortuna y no por él mismo y que, en consecuencia, él es la víctima última de un destino que asumió y asume sin pestañear. Haber sido director de M-13 o de S-21 sería una forma distinta, pero moralmente coherente con la condición de sujeto pasivo que se autootorga, de asumir su condición actual de villano. Que esta convicción es estructurante parece confirmarlo el hecho de que Duch recitase ante el tribunal más tarde sus aprendidos versos como si de algo inmune al paso del tiempo se tratara. Esta apoyatura pseudomoral le permite unificar su identidad en una biografía amenazada por la disolución, la disparidad y la disociación.

RECONSTRUIR LOS CRÍMENES, REPRESENTAR EL PASADO

Entre las preguntas que suscita ese campo creciente de estudios que es el de los perpetradores de crímenes de masas, una resulta acuciante: si es cierto que un perpetrador no nace, sino que se hace, ¿sigue siéndolo para siempre cualquiera que sea su comportamiento y reconocimiento de los hechos? Los procesos de Núremberg o Tokio confrontaron a la sociedad internacional con grandes criminales de guerra, ideólogos fanáticos. Procesos posteriores en Núremberg mismo, Jerusalén, Fráncfort, entre otros, encausaron a criminales intermedios cuyo brazo asesino había sido muy largo. Los conflictos de las sociedades contemporáneas, las llamadas guerras irregulares, la transformación criminal de muchos Estados, los nuevos nacionalismos desbocados, especialmente cuando se cruzan con conflictos religiosos, y las limpiezas étnicas, entre otros factores, han *democratizado* la perpetración hasta el

11. Alfred de VIGNY: "La mort du loup", en *Poèmes*, París, UGE, 1966, p. 258.

punto de que agentes cada vez menos capacitados para tomar las grandes decisiones pasan a ejecutarlas con saña, convicción e, incluso, rebasando el cumplimiento de una orden.¹² También la sensibilidad de la justicia penal internacional ha llevado a desmontar excusas de sus autores y sentarlos en los banquillos. François Roux trató de insistir precisamente en el crimen de obediencia, cuando la ley u orden era criminal, en lugar de considerar la sumisión un atenuante o eximente.

En cualquier caso, un proceso como el aquí examinado adquiere también funciones de representación histórica, cultural, patrimonial y memorística del pasado. En Camboya hubo 196 prisiones dotadas de dispositivos de tortura y ejecución; solo S-21 estaba vinculada a la cúpula del partido y especializada en la persecución del *feroz* enemigo interior, según crecía la paranoia de un régimen aislado. Aun cuando muchos inocentes cayeron en las arbitrarias redes de la traición, también fueron torturados entre los muros de S-21 antiguos cuadros dirigentes, responsables de región y zona, incluidos dos ministros. Todos ellos fueron ciertamente víctimas del aparato de represión, mas no significa esto que fueran precisamente inocentes, quebrando el sintagma *víctima inocente* que a menudo aplicamos con excesiva ligereza.

Cuando hubo de elevarse una estupa en el recinto y consignar a sus pies el nombre de todos y cada uno de los que sufrieron en ese infierno, esta heterogénea condición fue, lógicamente, polémica: ¿era legítimo colocar el nombre de Hu Nim, ministro de Propaganda caído en desgracia, junto al de esos niños o esas mujeres arrastrados por su pertenencia a la misma familia de otros detenidos o aquellos ajenos a toda práctica política cuyos nombres habían sido delatados por las gargantas desesperadas de quienes solo aspiraban a que la tortura cesara? Ardua cuestión (fig. 8).



Fig. 8.

12. Para una discusión metodológica sobre la problemática de la perpetración de crímenes de masas y sus autores en la actualidad, véase Anacleto FERRER y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: «En una selva oscura. Introducción al estudio de los perpetradores», en *El infierno de los perpetradores. Imágenes, relatos y conceptos*, Barcelona/Valencia, Bellaterra/Alfons el Magnànim, 2019, pp. 11-51.

La más cruenta prisión de Camboya –S-21– fue edificada sobre una escuela. No fue necesario destruirla. Bastó reconvertirla a medida que las necesidades de la represión lo iban demandando. Las pizarras que habían servido para enseñar a niños y jóvenes de primera y segunda enseñanza desde mediados de los años sesenta acabaron reproduciendo consignas revolucionarias y diseños del *Angkar*; las grandes aulas donde se habían sentado los niños fueron vaciadas y los nuevos habitantes, tumbados sobre el suelo y encadenados unos a otros, serían pasto de golpes y humillación por los carceleros. En algunos de esos santuarios de la educación se oírían los gritos de los torturados. Mas la estructura del complejo fue mantenida; eso sí, hubo de extenderse a los edificios colindantes porque el Moloch revolucionario estaba hambriento (figs. 9, 10 y 11).



Figs. 9, 10 y 11.

En enero de 1979, sobrecogidos por la magnitud del horror, los victoriosos dirigentes vietnamitas y sus aliados, jermes rojos disidentes, decidieron, mientras ponían en marcha un proceso por genocidio contra los autores de la masacre, levantar en el recinto un museo que exhibiese sin decoro ni contención los objetos de la abyección y cuantas huellas del crimen hubiesen perdurado. A finales de ese año todavía permanecían restos de sangre seca en las celdas, incluso mechones de cabello arrancado a las víctimas en su suplicio; un par de años más

tarde el hedor resultaba aún insoportable, según relatan los visitantes. Horrorizar desempeñaba una función traumática vicaria y legitimaba a sus enemigos. Con el tiempo, el lugar cayó en el abandono y la continuidad del museo peligró por falta de interés. De no haber sido por un puñado de personalidades y algunas instituciones, norteamericanas y camboyanas, sobre todo, el destino de Tuol Sleng hubiese sido la desaparición. Los procesos emprendidos por las ECCC cambiaron esa condición precaria y ese museo del trauma ha ido transformándose en los últimos años en una forma de gestionar el patrimonio, es decir, una forma de representación del pasado. El culto religioso, la memoria, la pedagogía histórica y la prevención han ido recobrando aquellos aspectos que antes correspondían a la puesta en escena de atrocidades y al horror.

Un acontecimiento, sin embargo, encarna de manera privilegiada la mutación de los protagonistas del pasado criminal en agentes de una nueva sociedad: la reconstrucción de los hechos que tuvo lugar en Tuol Sleng durante la fase de instrucción del proceso. Jamás Duch había regresado a Tuol Sleng ni a los *killing fields* de Choeung Ek, el lugar privilegiado de ejecución. Los jueces de instrucción obtuvieron su acuerdo y el de los abogados para que el acontecimiento tuviera lugar e incluso François Roux consideró que el hecho cobraría una enorme fuerza simbólica y ejemplar, siendo, tal vez y a la larga, un medio curativo. El carácter mediático que había adquirido el proceso requería, con todo, extremar la cautela y protegerse de miradas indiscretas de la prensa. Con esta argumentación, Marcel Lemonde tan solo autorizó a las cámaras de Jean Reynaud y Rémi Lainé la filmación de esta jornada, tomando una decisión controvertida.¹³ Por su parte, al fotógrafo Zoran Lesic le fue encomendado un reportaje fotográfico sobre el particular.¹⁴ El 26 de febrero de 2008 tuvo lugar la reconstrucción en Choeung Ek y al día siguiente en Tuol Sleng, la que aquí nos interesa. Protegidos de la prensa, participaron seis antiguos subordinados de Duch y tres antiguos detenidos, además de los responsables de la justicia. A su comienzo, Duch reclamó leer un texto que llevaba preparado, pero, tras breve confrontación, se decidió posponer su lectura al final de la jornada.¹⁵ Ese texto, cuya redacción hacía pensar que nacía del reencuentro con el lugar del crimen,¹⁶ resultaba estratégico, pues había sido escrito con anterioridad y sus palabras, concebidas con la colaboración de la defensa, respondían a una estrategia más abstracta de contricción.

13. Las imágenes fueron montadas en el film *Khmers rouges, une simple question de justice* (2011) y, aun cuando Lemonde justifica extensamente sus criterios, su colaboración con uno de los cineastas es tan estrecha que ha podido decirse que él también, a su manera y como otros personajes que intervinieron y lidiaron en tan complejo caso, buscaron que el film focalizara su labor. Marcel Lemonde escribe precisamente con la colaboración de Jean Renaud su libro testimonial *Un juge face aux Khmers Rouges*, París, Seuil, 2013.

14. Legal Documentation Center de las ECCC, «Expert Report», E3/235, 00189128-00189130.

15. Legal Documentation Center de las ECCC, «Annex 2. Statement of Kaink Guek Eav, alias Duch», E3/246, 00198082-00198083.

16. Así da comienzo: «He quedado paralizado por el terror al entrar en este lugar donde terribles calamidades ocurrieron a mi país, a mi pueblo y a mí mismo».

La reconstrucción de los hechos (el término francés utilizado en el discurso oficial es «reconstruction», mientras el inglés lo vertía como «re-enactment») ocupó la jornada completa: los actores se reconocieron entre sí en algunos casos, no en otros. Se procedió a la revista de los lugares a fin de determinar y contrastar los relatos sobre cada una de sus funciones, se trazó el itinerario de los prisioneros, se reconocieron los instrumentos de tortura y su función concreta, se levantó un breve cuadro de la vida cotidiana durante los años del crimen. Al concluir la jornada, Duch leyó su valioso documento que incluía la expresión de sus remordimientos, el compromiso de contribuir a informar sobre lo acontecido en lugar de fiar el relato a lo mostrado en el museo y, sorprendentemente, su agradecimiento por haber sido llevado allí.¹⁷ Como si de nuevo la decisión hubiese estado en sus manos.

Catalizadores

Duch, cuya ascendencia china no era bien vista por el nacionalismo jemer, atesoró atributos: profesor de matemáticas, militante revolucionario, torturador y maestro de torturadores, fiel siervo del ministro Son Sen y de Nuon Chea, enseñante de la lengua jemer en China, cristiano converso, preso ejemplar (¿estoico?) y villano nacional dispuesto a colaborar con el tribunal al esclarecimiento de la verdad. En el informe psicológico entregado por Françoise Sironi y Sunbaunat Ka a los jueces de instrucción, aquellos hablaban de algo que la psicóloga francesa desarrollaría ampliamente en un extenso libro: su condición de hombre-sistema, alguien que responde a un funcionamiento homotético con la sociedad, es decir, que encarna una total correspondencia entre la dimensión colectiva y la vivencia intrapsíquica. Era esta una manera de reducir la complejidad del psiquismo en situaciones extremas por medio de la sobreadaptación. Ese era en cualquier caso, si el diagnóstico es correcto, el Duch pasivo, el que, por así decir, se identificaba con el agresor y cumplía por anticipado sus designios.

Mas Duch tuvo asimismo una función activa. Este individuo aparentemente secundario, pero crucial en Kampuchea Democrática, se convirtió, como hemos visto en este texto, en espejo deformado para muchos, y la imagen que de ellos les arrojaba tras el encuentro era implacablemente desestabilizadora. También los agentes del proceso se vieron quizá tentados de protagonizar para la posteridad su encuentro con él. El juez Marcel Lemonde concluyó sus memorias en colaboración con el cineasta al que había permitido en exclusiva filmar la reconstrucción de los hechos y, en cierto modo, le otorgó un protagonismo doble, en el film y en sus memorias del tiempo que pasó trabajando para las ECCC, como

17. Legal Documentation Center de las ECCC, «Report on reconstruction. Procès verbal de transport sur les lieux», E3/244, 00197998-00198008.

justificación de sus decisiones. Sironi, que había tratado en su extensa carrera a víctimas de situaciones políticas extremas, en particular de tortura, consagró un volumen de más de 500 páginas a la experiencia-Duch. François Roux tuvo en cierto modo su film en el título de Mangiante citado más arriba: *Le Khmer rouge et le non-violent*. Es como si, aparte de la misión que el destino hubiera deparado a cada cual frente, junto o a costa de Duch, todos sintiesen que la autenticidad única de la experiencia merecía un registro para la posteridad. Más aún, que aspirasen a convertirse en protagonistas, testigos y agentes, a un mismo tiempo, de lo que Duch proyectaba sobre la humanidad. Hannah Arendt habló en su controvertido ensayo de 1963 sobre Adolf Eichmann de «banalidad del mal»; a comienzos de los años 1990, Christopher Browning se refirió a aquellos hombres grises del batallón 101 de la policía alemana que asesinaron sin piedad en Polonia como *hombres corrientes (ordinary men)*. Sin duda, designan estos dos estratos muy distintos del crimen. De lo que no cabe duda es de que Duch, estoico o cínico, con remordimientos de conciencia o en perpetua desempatía con el que sufre, nada tiene de banal, nada de ordinario.

AGRADECIMIENTOS

El presente texto tiene una deuda contraída con instituciones claves camboyanas y sus responsables: el Tuol Sleng Genocide Museum y su director Chhay Visoth, Nic Dunlop, el Bophana Audiovisual Resource Center y su director Rithy Panh, el Legal Documentation Center de las ECCC y su directora Chean Savon, además del siempre providencial consejo y ayuda de Helen Jarvis.

.....
VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA es catedrático de Comunicación Audiovisual. Su investigación gira en torno a la representación de perpetradores de violencias de masa en la cultura contemporánea, con especial énfasis en el dominio de la imagen y lidera, junto con Anacleto Ferrer, un proyecto MINECO sobre dicha temática. <<http://roderic.uv.es/pers/G6106.html>>. <www.repercri.com>.